ADMINISTRACION

LIRICO-DRAMÁTICA.

LOS

SEÑORITOS,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRION,



MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1874.

5

LOS SEÑORITOS.

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR.

UN SARAO Y UNA SOIRÉE [1], zarzuela en dos actos y en verso, original música del maestro Arrieta.

EL FIGLE ENAMORADO, sainete original, música del mismo maestro.

LA MUJER DEL PRÓJIMO, comedia en un acto y en verso, original.

DE MADRID Á BIARRITZ [2], zarzuela original en dos actos y en prosa, música del maestro Arrieta.

MAS VALE TARDE QUE NUNCA, proverbio original y en prosa, en un acto.

PERRO, 3, 3.º, IZQUIERDA [3], juguete cómico en un acto, original y en prosa.

¡CHITON! [3], idem, idem.

EL CARBONERO DE SUBIZA [4], parodia en verso, en un acto, música de los señores Aceves y Rubio.

UN PALOMINO ATONTADO, zarzuela en tres actos y en verso, arreglo del francés, música del maestro Rogel.

UN CUARTO DESALQUILADO, pasillo cómico, original y en verso.

(SE CONTINUARÁ) juguete en un acto, escrito sobre un pensamiento francés.

ESPERANZA, zarzuela dramática en dos actos y en verso, original, música del maestro Cereceda.

LAS MEDIAS NARANJAS [3], comedia en dos actos en prosa imitada del italiano.

EVA Y ADAN, juguete cómico, original y en verso.

LA HOJA DE PARRA, juguete cómico-lírico, en verso, original, música del maestro Marqués.

LA GALLINA CIEGA, zarzuela cómica en dos actos y en prosa, imitada del francés, música del maestro Caballero.

LEVANTAR MUERTOS [5], juguete cómico en dos actos y en prosa.

EL DOMADOR DE FIERAS [3], sainete lírico, escrito sobre el asunto de un Vaudeville, música del maestro Barbieri.

DOCE RETRATOS SEIS REALES, pasillo cómico, original y en verso.

LEON Y LEONA, entremés en prosa, original.

CADA LOCO CON SU TEMA, juguete cómico original, en un acto y en prosa.

LOS SEÑORITOS, comedia en tres actos, original y en prosa.

---

1 En colaboracion con el señor Lustonó.
2 Id. id. Coello.
3 Id. id. Campo Arana.
4 Id. id. Granés.
5 Id. id. Blasco.

LOS SEÑORITOS,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRION.

Estrenada en el Teatro del CIRCO el 24 de Noviembre de 1874.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1874.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA	Sra. Fenoquio.
CLARA	Srta. Genovés.
ENRIQUE (1)	Sra. Morilla.
DON JUAN	Sr. Fernandez (D. M.).
MARTIN	Sr. Calvo (D. R.).
EL VIZCONDE DE ENCINA	Sr. Romero.
UNA CRIADA	Sra. N. N.

La accion en Madrid.—Época, la actual.

(1) Nota importante. Aunque por circunstancias especiales ha estrenado este papel la Sra. Morilla, debe repartírsele á un actor que por sus condiciones físicas pueda representar la edad de 17 años que se marca á este personaje.

ACTO PRIMERO.

Gabinete adornado con mucha sencillez. Puertas al foro y laterales. Á la izquierda balcon con cristales y visillos. Mesa con recado de escribir. Estera de cordelillo. Sillería de gutapercha.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN, cepillando la levita. Despues María.

JUAN. María! María!

MARIA. (Dentro.) Allá voy. Qué hora es?

JUAN. (Mirando el reló.) Todavía es temprano; pero ven, que quiero hablarte.

MARIA. Aquí me tienes. (Sale con la mantilla en la mano y la deja sobre una silla.)

JUAN. Ven acá, mujer, ven acá, que deseo que hablemos un rato.

MARIA. Todo lo que tú quieras. (Se sientan.)

JUAN. Pues señor... vamos á ver, qué sientes tú hoy? Quiero saber si es lo mismo que yo.

MARIA. Hombre, yo siento una alegría tal que, te lo aseguro, hasta me dan ganas de brincar como una chiquilla.

JUAN. (Abrazándola.) Lo mismo, lo mismo que yo. Verdad es que el caso no merece ménos.

MARIA. Ya lo creo!—Pero, vamos, debe ser tarde.

JUAN. (Enseñándole el reló.) No, mujer, no; tú crees sin duda que yo te engaño: mira. Son las ocho, y hasta las nueve no llega el tren. Tomaremos un cochecito y en un momento llegamos. Y ántes de ir á la estacion quiero que tracemos el plan de vida que hemos de seguir de hoy en adelante.

MARIA. Toma! El mismo que hasta aquí.

JUAN. Eso es imposible. Hasta hoy hemos vivido como unos recien casados; juntos en todas partes, sin separarnos más que las horas de oficina. Como comprendes, ésto no es posible que siga en cuanto estén en casa nuestros hijos.

MARIA. (Con cariñosa zalamería.) Pues yo quiero que siga y seguirá. No parece sino que por venir ellos hemos de separarnos precisamente nosotros. No faltaba más!

JUAN. No, mujer, no es eso; pero debes comprender... Clara naturalmente no se separará de tí, y como ella viene ahora deseando ver Madrid, no creas que se va á contentar como nosotros con dar un paseito por la Montaña del Príncipe Pio ó por el Campo del Moro. Adios paseos solitarios; no pienses más en ellos.

MARIA. Pues sí pensaré; iremos como siempre... Á fe que á mí me gusta la Fuente Castellana...

JUAN. Te gustará, mujer, te gustará.

MARIA. Tener que ponerse de veinticinco alfileres para dar vueltas arriba y abajo...

JUAN. Pues yo te digo que te gustará. Cuando vayas con tu hijita y veas que ella está contenta luciendo un traje nuevo, lo estarás tú tambien, y á mí me sucederá lo mismo con Enrique; donde él quiera iremos y yo tan contento! Eso sí; como note que conmigo no va á gusto porque le falte libertad para algunas cosas, como por ejemplo, para echar un cigarrillo ó...

MARIA. Fumar!

JUAN. Qué! Puede que te hagas la ilusion de que no fuma un muchacho de diez y siete años y educado en colegio, donde aprenden todas las picardías... si es que es picar-

día el fumar.

MARIA. Vaya, pues ni en chanza lo digas.

JUAN. Todas las madres son iguales; creeis que ninguno de vuestros hijos puede tener un vicio... ni... Vamos á ver; tú crees que á Clara no le gustará ya el coquetear, de buena manera se entiende, con los pollos que la rodeen y la echen flores? Vaya, vaya; no te coja de sorpresa nada de eso, porque ántes de mucho has de verlo por tus propios ojos.

MARIA. Oh! Yo evitaré que suceda.

JUAN. Harás mal; demos á cada edad lo que le es propio. Yo ya te digo, si noto que Enrique porque le falta libertad no va contento á todas partes conmigo, le dejaré hasta cierta hora de la noche, despues de que estudie, para que se vaya con sus amigos á distraerse... El tener sujetos á los hijos da resultados muy funestos. Lo mismo que el hacerles carecer absolutamente de dinero... De ningun modo; le daré de vez en cuando lo que yo calcule que él puede y debe gastar, para que nunca se vea abochornado ante sus amigos, ni tenga que pedir á nadie prestado...

MARIA. Ahora que hablas de pedir, me recuerdas...

JUAN. Qué? Se te acabó el dinero?

MARIA. Ayer, como tuve que pagar la estera...

JUAN. Hum! Mucho se ha gastado este mes...

MARIA. Pues hijo, más arreglo!...

JUAN. (Sacando dinero del cajon de la mesa.) Ya, ya; pero el caso es que lo ménos se ha aumentado el gasto mensual en quince duros... y no se puede tirar de largo. Toma; estamos á veintiseis. Estira estos cinco duros hasta el dia de cobrar.

MARIA. Está bien; los estiraré.

JUAN. Ahora con la venida de los chicos, el presupuesto de gastos aumenta considerablemente.

MARIA. Valiente cosa.

JUAN. Por de pronto, los chicos, desde que entraron en el colegio, casi nada nos han costado, gracias á mi hermano

Antonio, pero ahora... Ya ves, Clara en el colegio gastaba poco más que nada en vestir, y ahora ya verás.

MARIA. Yo la acostumbraré á que vista modestamente.

JUAN. Sí, ya has empezado á ver. El equipo para salir del colegio ha costado dos mil reales. Este golpe nos ha arruinado. Lo que es si ahora se le ocurriera al ministro dejarme cesante...

Preparados un criado y Martin

MARIA. Hombre, no lo digas ni en chanza.

JUAN. Sí, pues ya ves en lo que ha estado... Por eso, por eso estoy cada vez más contento de que nuestro hijo esté en camino de poder vivir independiente... sin necesidad de empleos, ni... Seguirá su carrera, y ya con los elementos que trae del colegio, verás tú en qué poco tiempo le vemos hecho todo un hombre...

MARIA. Dios lo haga. Pero tú estás con mucha calma, (Levantándose.) y es ya muy tarde.

JUAN. La impaciencia es la que te hace creer que es ya medio dia... Pero vamos si quieres...

MARIA. Sí, sí; más vale esperar.

ESCENA II.

DICHOS, un CRIADO, despues MARTIN.

CRIADO. Un señorito pregunta por ustedes.

MARIA y JUAN. Un señorito! (Aparece Martin. Debe venir con un trajo modesto y no de última moda; pero tampoco ridículo.)

Fuera

MARTIN. (Corriendo á abrazarles.) Tio! Tia!

MARIA. (Con sorpresa.) Martin!

JUAN. (Id.) Martin!

MARIA. Pero cuándo has llegado?

MARTIN. Ahora mismo.

MARIA y JUAN. Cómo!

JUAN. Y habrás venido por el Norte, es claro.

MARTIN. Sí; por qué?

JUAN. (Sacando el reloj.) Pero hombre, si el tren llega á las nueve... (Muy rápido lo que sigue.)

MARTIN. Justo; y son las nueve y media. (Sacando el suyo.)

JUAN. Calle! Si está parado á las ocho. No me he acordado de darle cuerda!

MARIA. Y habrán llegado ya! Pero tú no les has visto?

MARTIN. Á quiénes?

MARIA. Á Enrique y á Clara.

MARTIN. (Con alguna emocion.) Clara! Venía...

JUAN. Con su hermano; habrán llegado al mismo tiempo que tú, y lo que extraño es que no estén aquí ya...

MARTIN. Se habrán detenido á coger el equipaje; yo como no traigo más que una maleta á la mano.

MARIA. Pero no les has visto?...

JUAN. Tal vez no los conozca ya. (Á Martin.) No sabes tú lo que han variado. Clara sobre todo. (Á María.) Saca, saca los retratos.

MARIA. Verás qué mona está con el traje de colegiala.

MARTIN. Si lo tengo. ¿No recuerdan ustedes que me lo enviaron?

JUAN. Ah! sí; es verdad.

MARTIN. No es extraño que no les haya visto, porque no me he apeado en ninguna estacion.

MARIA. Ahí tienes, (Á Juan.) por tus distracciones me he privado del gusto de abrazarles más pronto.

JUAN. Pero mujer, qué hemos de hacerle!

MARIA. Y ya no iremos?

JUAN. Para qué? Nos cruzaríamos en el camino!

MARTIN. Ya no tardarán. Si en efecto han venido en este tren...

JUAN. De seguro. Nos pusieron un telégrama desde San Sebastian.

MARIA. (Quitándose la mantilla con mal humor.) Vaya, ahora tendremos que estar esperando aquí impacientes... Ah! Creo que para un coche á la puerta. (Va al balcon y lo abre. Tras ella van D. Juan y Martin.) No; no son ellos. (Martin y Juan vuelven al proscenio. María queda en el balcon.)

JUAN. Y cómo tú por aquí! Amigo, hecho ya un hombre... Cómo pasa el tiempo. Parece que fué ayer y hace ya cuatro años que nos vimos en Valladolid cuando fuí á Francia á llevar los chicos al colegio.

MARTIN. Es verdad!

JUAN. Y á qué vienes?... Pero María, cierra ese balcon, que entra un frio horrible!...

MARIA. (Entrando.) Calla, hombre, calla, ya cierro. Estaba viendo si venían.

JUAN. Sí, por estar tú al balcon, van á tardar ménos...

MARTIN. El recoger los equipajes es tan pesado, y hay tanto barullo, que aún tardarán algo.

JUAN. Conque dinos á lo que vienes. (Se sientan.) Siéntate. (María se sienta tambien, y durante toda la escena se levanta varias veces á mirar por el balcon volviendo á sentarse luégo.)

MARTIN. Pues vengo á ejercer mi profesion á Madrid.

JUAN. Hola! pero habrás pensado ántes que aquí se necesita mucho tiempo para darse á conocer, y...

MARTIN. Vengo llamado por el doctor Molina, que como sabe usted, era íntimo amigo de mi padre, y que me ofrece parte de su gran clientela.

JUAN. Pues has hecho tu suerte.

MARTIN. Así lo creo.

JUAN. Te doy de todo corazon la enhorabuena.

MARIA. (Volviendo del balcon.) Y yo tambien.

MARTIN. Muchas gracias; ya sabía que ustedes habían de alegrarse como yo mismo... annque por correspondencia no me han probado mucho su cariño...

MARIA. Este es tan perezoso, y luégo tiene tanto que trabajar...

MARTIN. Ya comprendía que esa era la causa. Y de dónde viene Clara? Del colegio? Yo creí que aún tardaría en salir...

JUAN. Terminó completamente su educacion, y viene á nuestro lado para no separarse ya...

MARTIN. Y Enrique?

JUAN. Viene de Bayona de casa de su tio Antonio, donde ha estado un año. Se empeñó en llevársele á su lado cuando le sacó del colegio, y yo ahora escribí á mi hermano para que se viniera Enrique, sacando al paso á su hermana del colegio, y acompañándola hasta Madrid.

MARTIN. De manera que hace ya que no les ven ustedes...

JUAN. Cuatro años!

MARIA. (Que vuelve del balcon en este momento.) Cuatro años, dos meses y diez y siete dias!...

JUAN. Buen sacrificio ha sido para nosotros. Pero qué remedio! Hemos querido ante todo, ya que no se les pueda legar un capital á nuestra muerte, dejarles siquiera una educacion completísima.

MARTIN. Muy bien pensado.

JUAN. Mal acostumbradillo vendrá Enrique, porque su tio creo que le mimaba mucho, y como tiene dinero y es ya viejo, le habrá satisfecho todos los gustos... Escribía el pobre afligido con la idea de que Enrique se viniera... Pero no hay remedio, el chico tiene ya diez y siete años y es necesario que empiece su carrera.

MARIA. (Que está junto al balcon. Abriéndolo.) Ay! Ha parado aquí! (Martin y Juan se levantan. María entrando del balcon y saliendo por el foro rápidamente.) Ellos son! Ellos son!

JUAN. Ah! (Sale tras ella.)

ESCENA III.

MARTIN solo. Queda de pie y como prestando oido á lo que sucede fuera.

MARTIN. Voy á verla!! Parece que el corazon quiere salírseme del pecho!

ESCENA IV.

DICHO, MARÍA, D. JUAN, CLARA y ENRIQUE, con dos elegantísimos trajes de camino. Al entrar en la escena vienen todavía abrazados María y Clara, y D. Juan y Enrique. Martin se adelanta á recibirlos dirigiéndose á Clara.

MARIA. (Llorando.) Hija mia!

CLARA. Mamá!

MARIA. Hijo! (Abrazando á un tiempo á Enrique y á Clara que la besan.)

JUAN. Qué guapos están los dos! (Abrazándolos.) Eh? (Á Martin.)

MARTIN. Prima...

MARIA. (Al ver que Clara desconoce á Martin.) Es Martin. (Le da la

mano, saludándole con una seriedad afable.)

JUAN. (Á Enrique.) Abraza á tu primo.

ENR. (Abrazándole.) Ah! Primo! (Ap.) (Un primo nunca viene mal.)

MARIA. Venid, venid á mi lado, hijos mios.

JUAN. Sí, á nuestro lado. (Se sientan en el sofá. Martin algo separado.)

MARIA. Conque decidnos, qué tal viaje habeis traido? Habladnos de todo.

JUAN. Eso es, de todo.

ENR. Hemos venido bien, muy bien. Con mucho frio, eso sí, porque están tan mal acondicionados los coches...

JUAN. (Yendo á la chimenea y atizando el fuego.) Pues ven acá, hijo, ven á calentarte.

ENR. (Levantándose.) Traigo los piés como el hielo. (Se sienta ante la chimenea.)

MARIA. Y tú, hija mia, tienes frio tambien? (Besándola.)

CLARA. (Levantándose.) No, al contrario; lo que estoy es rendida de venir sentada tanto tiempo.

JUAN. (Reparando en una caja que Enrique no ha dejado de la mano.) ¿Qué es eso?

ENR. Una compra que he hecho en Bayona. Un neceser de afeitar.

MARIA. Pero ¿te afeitas?

ENR. No... pero para cuando me afeite. Es elegantísimo. Mira (Abriéndolo.) con los cabos de plata... Me ha costado ciento sesenta francos.

JUAN. (¡Caracoles!)

MARIA. (Á Enrique.) Y tu tio, cómo quedaba?

ENR. Bueno, muy bueno; lleno de manías como todos los viejos, diciendo que de este invierno no sale, y que... qué sé yo! Tonterías... (Clara mientras hablan los demas se ha ido acercando al balcon y mira por él.)

MARTIN. (Mirando á Clara. Ap.) (Está lo mismo que en el retrato!)

CLARA. (Separándose vivamente del balcon. Ap.) (Allí está, allí está fijo como un guarda canton! Dios quiera que mamá no se fije...) (Sigue andando de un lado á otro.)

MARIA. Ven aquí, Clara, á mi lado y dime si te alegras de haber salido del colegio; en fin, háblame algo.

CLARA. Sí...

ENR. Sí, sí, alegrarse, buena tonta está. Si vieras los lagrimones que echaba al despedirse de sus compañeras... qué gimoteos y qué tonterías...

MARIA. Eso es natural. Estando tanto tiempo al lado de unas mismas personas, se les toma cariño...

JUAN. Es claro...

CLARA. Ya ves, mamá, dejo allí tantas amigas... y gracias á que la que más quiero no está allí ya. Hace dos meses que la sacó del colegio su familia y vive en Madrid; tengo que ir á verla; si vieras cómo nos queremos! Es una chica tan buena y tan elegante...

MARIA. Y quién es?

CLARA. Elvira.

MARIA. Ah sí; me has hablado de ella en algunas cartas.

CLARA. Es mi mejor amiga; siempre estábamos juntas en el colegio...

MARIA. Pero vosotros tendreis ganas de almorzar... voy á ver si tienen dispuesto ya...

ENR. Sí, mamá, sí; estoy pronto á devorar; el viaje me ha abierto el apetito de un modo extraordinario... *epouvantable...*

MARIA. (Besándole.) Así me gusta, que tengas apetito; eso prueba que estás bueno.—Vuelvo al instante. (Da otro beso á Clara y váse por la derecha.)

ESCENA V.

DICHOS, ménos MARÍA.

JUAN. Pero, Martin, acércate acá; estás ahí tan retirado... (Martin se aproxima á ellos. Clara va hácia el balcon.)

CLARA. (Mirando á la calle.) (Qué tonto! Pues no está allí todavía?... No ha entendido mi seña.)

ENR. (Á Martin.) Y hace mucho que estás en Madrid?

Martin Acabo de llegar... ya ves, aún no me he quitado el tra-

je de camino.

ENR. Ah, sí, no había reparado. (Ap.) (De dónde habrá sacado que eso es un traje de camino!)

Martin MARIA. He venido en el mismo tren que vosotros.

ENR. En el mismo tren!...

MARTIN. Sí, no me he apeado en ninguna estacion; por eso no os he visto...

ENR. Pues no venía en todo el tren más que un coche de primera clase.

MARTIN. Es que he venido en segunda.

ENR. Ah! ya! para mayor comodidad, eh? (Con ironía.)

MARTIN. (Con seriedad.) No; porque es más barato. (Ap.) (Muy necio es mi primito!)

CLARA. (Riéndose.) Qué económico es mi primo? (Vuelve cerca del balcon.) Já! Já! Já!

JUAN. (Acercándose á Clara.) De qué te ries, hija mia?

CLARA. De nada. (Sigue mirando por el balcon.)

JUAN. Qué miras?

CLARA. (Separándose.) Nada, la calle.

JUAN. Pues no tiene mucho que mirar; es bien solitaria.

ENR. Eso he notado. No sé cómo vivís en un sitio tan poco céntrico; debemos mudarnos al momento... (D. Juan le mira con extrañeza.) y luégo tiene esta casa una entrada tan fea, una escalera tan oscura, y las habitaciones veo que no están decoradas con gran gusto, ni... Verdad es, que teneis un mueblaje tan feo y tan antiguo... y hasta incómodo; esta butaca parece que está rellena de adoquines... Debeis variar todos estos muebles... Los viejos no sabeis ya nada; (Medio de broma.) es necesario que os enseñemos los hijos...

JUAN. (Turbado.) Sí, sí... ya... ya los variaremos. (Ap.) (Mal acostumbrado viene este chico.) (Llamando.) María! María! María!

dentro MARIA. (Desde dentro.) Allá voy! Ya va á estar!

JUAN. Esta criada me desespera! Es lo más pesado y más...

ENR. No estais contento con la cocinera? Siento no baberlo sabido. Porque el tio tenía una excelente. Y si me lo

hubieses dicho, la hubiera traido conmigo... Es extraordinariamente barata. No le da mi tio más que veinte francos diarios para la compra, y pone unos almuerzos y unas comidas á *merveille*!... Pero si quieres que venga, escribe al tio y nos la enviará, sabiendo que es capricho mio...

JUAN. No, no es necesario... ya... ya buscaremos otra... (Ap.) (Lo que digo, viene muy mal acostumbrado.)

MARTIN. Tio, yo quisiera arreglarme algo ántes de almorzar.

JUAN. Sí, hombre, sí; ven conmigo á mi habitacion, hasta que dispongan una para tí. Vamos.

MARTIN. Vamos.—Hasta luégo.

ESCENA VI.

ENRIQUE y CLARA. Ésta junto al balcon.

ENR. (Sentado junto á la chimenea.) Clarita, qué te ha parecido nuestro primo?

CLARA. No es feo... pero algo cursi!

ENR. Pobrecillo! Ya ves, no habrá salido nunca de la provincia... (Volviendo la cabeza y levantándose.) Pero qué diablos haces junto al balcon que no te separas de ahí?

CLARA. (Separándose y trayendo á Enrique hácia el proscenio.) Chist: calla por Dios, no vayan á oir papá ó mamá...

ENR. Qué?...

CLARA. Está en la calle.

ENR. Quién?

CLARA. Él?

ENR. Y quién es él?

CLARA. Fernando: el que te dije que me hacía el amor desde há seis meses, cuando fué á sacar del colegio á su hermana...

ENR. Ah, sí. Ya no me acordaba. Te oí entre sueños en el tren hablarme de eso...

CLARA. Pues calcula tú si me querrá, que cuando hemos llegado aqui, ya estaba él rondando la casa. Como yo le escribí á dónde venía... Le he hecho señas para que se

Preparado D. Juan

vaya, porque hace mucho frio y me da lástima verle, y no quiere irse y está pasea que pasea... si es lo más constante... Ya ves, hace dos meses que tenemos relaciones!... Oye, ve con disimulo al balcon, y mira á ver si te parece bien; verás qué muchacho tan elegante... Pero no vayas á mirarle muy fijamente, no vaya á conocer...

ENR. Y qué? (Sn acerca al balcon y mira.) No veo á nadie... Ah! Sí, sí, allí hay uno parado... Calle! Sí, es él, no hay duda...

CLARA. Quién?

ENR. El Vizconde de Encina.

CLARA. El mismo! Le conoces?

ENR. Si es muy amigo mio. Nos hemos tratado lo ménos, lo ménos... un mes... En Bayona estuvo el verano pasado, y fuimos juntos á Biarritz.

CLARA. Ay! qué gusto, así podrá venir á casa... verdad?

ENR. Que podrá... ya lo creo; ahora mismo. (Abre el balcon y sale á él. Llamando.) Fernando!

CLARA. Qué placer! estoy loca de alegría! (Da un salto palmoteando y la sorprende así D. Juan.)

Fuera

ESCENA VII.

DICHOS, D. JUAN.

Preparado Vizconde

JUAN. Qué es eso!

CLARA. (Ruborizándose.) Nada... que... que... estoy muy alegre de estar en casa.

JUAN. Más vale así, hija mia.

ENR. (Entrando del balcon.) Ya sube!

JUAN. Quién!

ENR. Ah!—Un amigo mio, que pasaba por la calle y le he llamado; el Vizconde de Encina,..

JUAN. Hombre, y ahora que vamos á almorzar le haces subir...

ENR. Y eso qué? Almorzará con nosotros si quiere. Así como así, á mí me aburre comer sin algun convidado...

Fuera

JUAN. Sí, eh? (Ap.) (Pues me gusta!) (Enrique sale á recibir al Vizconde y entra éste.)

ESCENA VIII.

DICHOS y el VIZCONDE.

ENR. (Abrazándole.) Ah! Mon ami!

VIZC. Ah mon cher! (Saludando.) Señorita, á los piés de usted. Caballero...

ENR. (Presentándosele.) El Vizconde de Encina, tengo el gusto de presentártele, papá.

JUAN. Muy señor mio!—Tome usted asiento.

ENR. Asseyons nous, mon ami (Se sientan. Clara va á sentarse tambien.)

JUAN. Anda, hija mia, ve si tienen dispuesto el almuerzo, porque tu mamá está ya esperando. (Ap.) (Veremos si entiende la indirecta y se marcha pronto.)

CLARA. (Ap.) (Hacerme ahora marchar?...) Dónde está mamá?

JUAN. Allí, por allí enfrente. (Señalando la izquierda.)

CLARA. (Ap., rápido al Vizconde.) (Volveré.)

VIZC. Á los piés de usted, señorita... (Ap.) (Te quiero mucho!

CLARA. Y yo!) Beso á usted la mano. (Váse.)

ESCENA IX.

DICHOS ménos CLARA.

ENR. Et bien, que dis tú?

VIZC. Ah! Je suis hereux de te revoir.

ENR. Moi aussí.

JUAN. (Pues señor, me estoy enterando!)

VIZC. Est tu venu avec ta sœur?

ENR. Ouí.—J'ai sortí de Bayonne il y a trois jours pour reprèndre Clare du collège, ou elle m'a dit que tu l'as connu.

VIZC. C'est en effet.

JUAN. (Me estoy divirtiendo.)

ENR. Il y a deja...

JUAN. (Interrumpiendo con amabilidad.) Señores, les sería á ustedes indiferente hablar en español?...

VIZC. Ah! Sí, sí, por mí... (Ap.) (Si no entenderá este hombre?...)

ENR. Já! Já! Já! La costumbre.

VIZC. Justo; la costumbre...

JUAN. Ah, ya; usted, por lo visto, se ha educado tambien en Francia...

VIZC. No, educarme no, me he educado en España...

JUAN. Ya; habrá usted vivido allá mucho tiempo.

VIZC. Los veranos suelo ir...

JUAN. Como decía usted que hablaba el francés por costumbre...

VIZC. Eso es, por la costumbre de la buena sociedad. (Ap.) (Este hombre es un ignorante.)

JUAN. (Ap.) (Me carga este títere.)

ENR. No extrañes que mi papá no esté muy al corriente de ciertas cosas... (Dándole palmaditas en el hombro.) Como todos los de su tiempo, está montado á la antigua...

JUAN. Oye, hijo, yo no estoy montado de ninguna manera. Lo que sí extraño, porque lo es en efecto, es que teniendo nuestra buena sociedad, como dice este caballero, un idioma propio, tan hermoso como el castellano, se exprese por moda en otro ajeno y pobre y...

VIZC. Ah, no, no, no; eso dispénseme usted, pero pobre... No es ciertamente tan rico *come la dolce lingua italiana*; pero...

JUAN. (Ap.) (Repito que me carga este títere.)

VIZC. (Sacando la petaca con cigarros puros.) Usted gusta?

JUAN. Gracias, no fumo sino de papel. (El Vizconde ofrece á Enrique, que toma uno y lo enciende.)

JUAN. (Observando á Enrique con sorpresa. Ap.) (Anda, anda, y creía su madre que no fumaba ni áun cigarrillos.)

VIZC. Y tú vienes ya á instalarte definitivamente en Madrid, eh?

ENR. Sí.

JUAN. (Ap.) (Y qué bien echa el humo!)

VIZC. Y á dónde piensas ir por las noches ahora?

ENR. Hombre, todavía no lo sé.

VIZC. (Á Juan.) Ustedes tienen abono en la Ópera?

JUAN. No, no señor.

VIZC. (Á Enrique.) Tú por supuesto pensarás abonarte.

ENR. Es claro, hombre!

JUAN. (Ap.) (Pues no dice que sí!...)

VIZC. Te lo digo porque podemos tener juntas las butacas. Un amigo mio se va ahora á viajar, y te traspasará con mucho gusto su abono.

ENR. Pues sí, sí, que cuente conmigo.

JUAN. (Sí, que cuente.)

VIZC. (Despues de mirar el reloj.) Yo dejo á ustedes; es ya tarde. (Se levantan.)

ENR. Quédate á almorzar con nosotros.

VIZC. No; me espera un amigo, si no con mucho gusto. Tengo repartidos casi todos los dias de la semana para almorzar con distintas personas.

ENR. Pues es necesario que un dia lo dediques para darnos ese gusto.

VIZC. Bueno, si tú vienes otro á mi casa.

ENR. El que tú quieras.

VIZC. Pues los jueves... los jueves no; los viernes me tendrás á almorzar contigo.

ENR. En eso quedamos.

JUAN. (Ap.) (Sí, en eso quedamos.)

VIZC. Caballero, he tenido un placer al conocerle. Alcalá—90—principal, tiene usted una casa y un amigo.

JUAN. Gracias, usted ha tomado posesion de la suya.

ENR. Cúbrete, hombre, cúbrete; no gastes cumplidos.

VIZC. No salgas...

ENR. Deja... (El Vizconde se pone el sombrero y sale por el foro con Enrique.)

ESCENA X.

D. JUAN, despues MARÍA y CLARA, por la izquierda segunda puerta.

JUAN. Pero este hijo mio se figurará que tenemos una California en los bolsillos?

Fuera

CLARA. (Saliendo.) Ay! Ya se fué!...

MARIA. (Á Clara.) Anda, hija mia, vé á arreglarte un poco para almorzar... Aquella es tu habitacion. (Señala á la primera puerta de la derecha.)

CLARA. Qué prisa tendría de irse ese tunante? (Váse por donde está indicado. Al mismo tiempo entra Enrique por el foro.)

Enrique por el foro

MARIA. Vé á disponerte para almorzar, Enrique. Tu cuarto es aquel. (Primera puerta izquierda. Váse Enrique por ella.)

JUAN. Oye, María,... esto es grave...

ENR. (Volviendo á salir.) Papá, llama á mi ayuda de cámara. (Vuelve á entrar. María y D. Juan se quedan mirándose y les saca de su asombro la voz de Clara, que sale y vuelve á entrar inmediatamente sin esperar contestacion.)

CLARA. Mamá, que venga mi doncella!

ESCENA XI.

D. JUAN y MARÍA, que han quedado más sorprendidos.

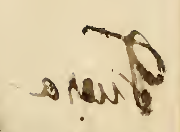
MARIA. Doncella!

JUAN. Ayuda de cámara!

MARIA. Como vienen acostumbrados... Vaya, por hoy seré yo su doncella.

JUAN. Y yo por hoy seré su ayuda de cámara. (Vánse cada uno por las puertas que se indican que dan á los cuartos de sus hijos. Telon rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que el anterior.

ESCENA PRIMERA.

CLARA y ENRIQUE. Aquella cosiendo y éste escribiendo.

ENR. Pues señor, es capricho tenerme aquí dos horas copiando. Bien podía mi señor papá tener un escribiente.

CLARA. Ay, Enrique, me voy figurando que no puede.

ENR. (Levantándose.) Qué dices?

CLARA Lo que oyes. No has notado la economía con que viven? ¿No ves qué casa y qué muebles, y qué todo?

ENR. En eso tienes razon.

CLARA. No has oido á mamá regañar á la criada porque ha traido para almorzar merluza á seis reales la libra? Esto prueba que no están en buena posicion. Y yo que creía!... Te aseguro que me da muy mal rato... Á mí ya me había extrañado mucho que para salir del colegio me mandáran aquel equipo; me han puesto en ridículo. Figúrate enviarme nada más que tres vestidos, una miseria... Cuando recuerdo que á Elvira le envió su familia infinidad de trajes de todas clases: lo natural, señor, lo natural. Pero ay Enrique, voy viendo que no han podido hacer otra cosa, y esto me preocupa... Por-

que... ya ves; si en estas cosas pequeñas escatiman así... figúrate en cosas de más entidad, como por ejemplo, en mi dote. Y esto es importantísimo. Elvira me dijo que la que no tiene un buen dote, abur Madrid; no encuentra marido por un ojo de la cara. Y vete tú figurando el dote que tendrá la hija de un señor que no puede pagar seis reales por una libra de merluza! (Sollozando.)

ENR. Chica, tú te fijas en unas tonterías... Eso no pasa de ser una aprension tuya.

CLARA. Sí, sí. Buena está la aprension! Desengáñate, si estuvieran en buena posicion, no me mandarían poner bocamangas á una levita de papá, hechas con pedazos de un vestido viejo de mamá!

ENR. Eso puede ser muy bien que sean un poco... (Indicando con el puño.) Esto sin ofenderles.

CLARA. Tambien se me ha ocurrido á mí algo de eso.

ENR. Y eso es sin duda, porque si estuviesen en mala posicion, no nos hubieran educado fuera de aquí costándoles muchísimo más que á su lado.

CLARA. Eso es verdad.

ENR. Pues es claro. Es que son agarrados, no te quepa duda. Y mira, es preciso que les acostumbremos desde el principio á no andar con tacañerías, porque si ahora les dejamos, será muy difícil luégo el que nos concedan lo que es natural en nuestra posicion.

CLARA. Es verdad; porque ya ves, tenemos que alternar con nuestros amigos... Y poquito que gastará Elvira, ella que frecuenta los mejores círculos... Estaría gracioso que yo tuviese que quedar en segunda línea porque papá y mamá quisieran ahorrar dinero... Ahora estamos en la edad de gastar.

ENR. Eso es, eso es; acostumbrémosles á que no les duela.

ESCENA II.

DICHOS, MARÍA, con un gran mandil de cocina.

MARIA. Hola, hola, qué tal van esos trabajos! Holgazanes! Estais

charlando! (De broma.)

ENR. Yo acabé ya el mio.

CLARA. Y yo casi, casi. Pero mamá! Cómo estás así? Qué mandilon es ese?

MARIA. Ya lo ves, hija mia, un mandil de cocina.

CLARA. Y para qué te has puesto de esa facha?

MARIA. Para qué? Para haceros un arroz con pollos que os habeis de chupar los dedos.

CLARA. Tú!

ENR. Pero qué, tú guisas?

MARIA. Pues hijos, vaya un asombro. Y por qué no he de guisar?

ENR. Para eso está la cocinera.

MARIA. Hombre, me gusta el agradecimiento! Voy á calentarme las narices para hacer un plato que os gusta, y me lo pagais así.

CLARA. (Ap.) (Está visto, sale lo que yo dije!) (Se pone á coser.)

ENR. Yo creo que hay cosas que no debe hacerlas uno teniendo quien las haga. Por ejemplo, esto que me ha hecho copiar papá. Me parece que era muy natural que un hombre de su posicion tuviese un escribiente.

MARIA. Ay hijo! Los tiempos están malos y hay que arreglarse así!

ENR. Los tiempos están malos! (Esto es lo que dicen siempre los tacaños.)

MARIA. Hay que vivir con economía y arreglándose cada uno á lo que tiene, y por si algun dia es necesario, ahorrar un poquito.

ENR. (No lo dije? Ya salieron los ahorros.)

ESCENA III.

DICHOS y D. JUAN.

JUAN. Está ya la levita?

CLARA. En este momento acabo.

JUAN. Y tú concluiste ya, Enrique?

ENR. Sí, ya está todo.

JUAN. Trae la levita. (Se la pone,) Veamos tu obra. Pero qué diablos es esto? Qué has hecho aquí?

MARIA. ¿Qué tiene?

JUAN. No ves. Este par de fuelles? (Enseñándole la manga, que con el forro encogido forma una especie de vuelo.)

MARIA. Jesús, qué atrocidad!

CLARA. Qué, qué tiene?

JUAN. Esto es un mamarracho!

MARIA. Pero hija, dónde has tenido los ojos para hacer esto? Quítate eso, hombre, quítate eso. Si está todo el forro encogido.

JUAN. (Quitándose la levita.) Pues si es esto todo lo que ha aprendido en el dichoso colegio francés, medrados estamos.

CLARA. Lo que es en el colegio no me han enseñado á poner bocamangas á los gabanes.

MARIA. Pero hija, debes haber aprendido á coser. (Cosiendo.)

CLARA. Claro está.

JUAN. Pues lo que es por la muestra, no se conoce mucho.— Sepamos qué es lo que has aprendido allí en tanto tiempo.

MARIA. (Sentándose.) Sí, eso es; sepamos.

CLARA. Vais á examinarme ahora?

MARIA. No, mujer, no; pero dinos lo que sabes.

CLARA. Pues sé tocar el piano...

JUAN. Si, ya te hemos oido tres polcas, bastante mal ejecutadas.

MARIA. Hombre...

JUAN. Sigue, sigue.

CLARA. Sé dibujo de figura y paisaje, baile y equitacion, sé geografía, historia natural, aritmética y gramática francesa...

JUAN. Y castellana?

CLARA. No.

JUAN. Bien!

CLARA. De labores, sé hacer toda clase de mallas, crochet, bordados al realce en cañamazo, flores de trapo, de cera, de

papel...

MARIA. Bueno, bueno que sepas todo eso, pero no basta...

CLARA. Ah, tambien sé tirar al blanco!

JUAN. Sí? Pues entónces no necesitas más; cuando se le rompa á tu marido un pantalon y necesites cosérselo, le pegas tres ó cuatro tiros y ya está arreglado.

MARIA. Justo.

CLARA. Vaya una broma tonta! Como yo no pienso casarme con un hombre que necesite que yo le cosa los pantalones...

JUAN. Hombre, bien; tú qué sabes?

CLARA. No he de saberlo? Pues me gusta!

JUAN. Sabes ya que tu marido ha de ser rico?

CLARA. Sí, porque si no no me casaré.

JUAN. (Malo, malo, malo!)

MARIA. Hija, no digas eso.

ENR. Tienes muchísima razon, Clarita; yo pienso lo mismo; como no sea muy rica no me pesca ninguna...

JUAN. Qué sabes tú, monigote?

ENR. (Monigote!)

MARIA. (Á Clara.) Hija mia; bien que no pienses en que tu esposo sea tan pobre que no pueda darte lo necesario, pero... Desengáñate, cuando tu padre y yo nos casamos no teníamos sino lo preciso, y hemos sido muy felices.

CLARA. Pasaron ya aquellos tiempos de contigo pan y cebolla. Yo estoy por lo positivo.

JUAN. (Malo, malo!) Veo que en el colegio si no has aprendido á coser te han enseñado en cambio máximas muy convenientes.—Y tú, qué has aprendido? (Vslviéndose de pronto á Enrique.)

ENR. Hombre, no sé á qué viene esa pregunta; me parece que ya sabes la nota que alcanzaba en todos los trimestres.

JUAN. Sí, pero aún no me has dicho lo quc sabes.

ENR. Pues sé gremática, historia universal, geografía, matemáticas, física, quimica, historia natural, retórica y poética, filosofía, francés, inglés, italiano, música, equitacion, esgrima y baile.

JUAN. Hijo, por lo visto eres una enciclopedia viviente. Cuántos sábios hay que no saben tanto! Es verdaderamente un prodigio haber aprendido todo eso á tu edad.

MARIA. Hijo mio! (Abrazándole.)

JUAN. (Cogiendo los papeles de la mesa.) Y buena letra, eso sí.. y hasta sin h, y sociedad con z!—Bendito sea ese colegio donde te han enseñado todo... ménos lo que debías saber!...

MARIA. Qué es eso!

JUAN. Nada; que me ha echado á perder la memoria que debía presentar mañana mismo al Subsecretario.

ENR. Pero...

JUAN. No, no es tuya la culpa sino mia. No es extraño que habiéndote enviado á Francia no hayas aprendido el castellano. En cambio sabes equitacion, y si yo no puedo sostener para tí un caballo, montarás en el palo de la escoba. No, no es tuya la culpa sino mia, nuestra, mejor dicho. (Dirigiéndose á María.)

MARIA. No te incomodes, Juan...

ENR. (Qué genio!... Me parece que me vuelvo con mi tio. (Váse.)

ESCENA IV.

DICHOS, ménos ENRIQUE.

JUAN. Y para esto hemos hecho tantos sacrificios!...

MARIA. Bah! No te ocupes ya de eso. Si en ello hay algun mal, trataremos de remediarlo. Ea, ya está la levita. Póntela. (Ayudándole para ponérsela.) Yo me voy á la cocina para hacer mi famoso arroz. Ah, llaman! Voy á abrir! No sé dónde se ha ido la criada...

CLARA. La he mandado yo con una carta á casa de Elvira para que se venga á pasar la tarde conmigo. Y poco que se va á alegrar cuando sepa que he venido! Ya verás, ya verás qué muchacha tan simpática y tan elegante... En el colegio nos llamaban las inseparables; siempre estábamos juntas, y nos queremos como hermanas. (Vuélvese á oir la campanilla.)

MARIA. Allá van! (Váse.)

CLARA. Ay! No sé cómo teneis sólo una criada!...

JUAN. Hija, porque no podemos tener dos. (Ya me van cargando los niños con sus extrañezas.)

CLARA. (No se puede, no se puede... Vaya, voy viendo que tiene razon Enrique. Tacaños!)

Fuera

ESCENA V.

DICHOS y MARTIN.

MARTIN. (Entrando.) Buenas tardes.

JUAN. Hola, Martin! Muy contento vienes.

MARTIN. Sí por cierto.

JUAN. Pues qué ocurre?

MARTIN. El doctor me ha encargado gran parte de sus visitas, y me ha recibido de una manera admirable.

JUAN. Cuánto me alegro!

CLARA. Yo tambien, primo, yo tambien me alegro mucho.

MARTIN. Gracias, gracias.

CLARA. Por supuesto que te echarás carruaje al momento...

MERTIN. Carruaje? Qué atrocidad!

CLARA. Pues lo que es un médico sin coche...

JUAN. Ah! Es claro, un médico sin coche no puede curar á ningun enfermo! Veo, hija mia, que eres tonta de capirote...

MARTIN. No, tio, no! Clara tiene razon en parte. Dos medios hay de ejercer la profesion que he elegido. El uno es no visitar sino á los enfermos que puedan pagar dos ó tres duros por cada visita, gentes que suelen suponer como mi prima, que un médico sin coche es poco más que un curandero; frecuentar los altos círculos, hacer visitas de cinco minutos, aun á los enfermos más graves; hacerse mucho de rogar para asistirles, y colgarse en el pecho una condecoracion. Otro de los caminos es visitar á pie á toda clase de enfermos, cobrarles la asistencia segun la posicion que ocupan, ser el consuelo de la familia del

paciente, hablar á cada uno en el lenguaje que él habla, y buscar con afan esa gloria oscura del médico que junto al moribundo, lucha con la muerte que quiere arrebatarle su presa, la vence al fin y sale de casa del enfermo, sin cobrar tal vez los honorarios, pero llevando sobre sí las bendiciones de las personas queridas de aquel á quien casi ha sacado del sepulcro. Gloria desconocida por la generalidad, gloria que vierte sus resplandores sólo entre las cuatro paredes de un dormitorio; pero que satisface al espíritu y que ensancha el alma. Yo he elegido este camino.

JUAN. Bien, Martin, así me gusta.

CLARA. Sí. (Pues por ese camino se hará millonario de seguro.)

MARTIN. Desde esta tarde buscaré habitacion y mañana abandonaré á ustedes.

JUAN. Por qué?

MARTIN. Esta casa es pequeña, y con la venida de Clara y Enrique yo tengo que ser molesto por fuerza.

JUAN. Si tu deseo es vivir más independiente, y para ello crees que necesitas no estar á nuestro lado, hazlo así; pero te aseguro que sentiré no tenerte con nosotros.

MARTIN. Para mí qué mayor gusto que vivir con ustedes?

JUAN. Ah, pues entónces no se hable más de ello. Así como así necesitamos tener el médico en casa.

MARTIN. Pues?

JUAN. Porque segun veo los dos señoritos están bastante malos de la cabeza.

ESCENA VI.

DICHOS, ménos D. JUAN.

CLARA. Bah! Qué cosas tiene papá tan particulares!

MARTIN. Clara, tu padre me ha proporcionado sin comprenderlo una gran alegría.

CLARA. Por qué?

MARTIN. Creí que acaso no podría vivir con vosotros y lo hubiera sentido mucho. Encuentro aquí lo que hace cuatro años

echo tanto de ménos ... or de la familia, la atmósfera que estaba acostumb... ...rar desde mi infancia, el cariño, que es para ... primer alimento. Sólo me falta ya para ser completamente feliz realizar el sueño de toda mi vida, mi sola aspiracion, mi único anhelo.

CLARA. Y qué es ello?

MARTIN. Acaso no puedas comprenderme, eres casi una niña; tú no habrás amado todavía.

CLARA. Una niña! Y que no he amado! Pues te equivocas, primo.

MARTIN. Cómo!

CLARA. Gracioso sería que no hubiera amado á los diez y ocho años! Vaya, vaya, bien se conoce que vienes de una provincia.

MARTIN. Ah! Conque has amado!

CLARA. Amo, amo.

MARTIN. Á quién?

CLARA. Me gusta la curiosidad; y á tí qué te importa?

MARTIN. Ah! Sí... tienes razon. (No sabe el daño que me ha hecho.)

CLARA. En los colegios se aprende mucho, y aunque yo hubiera sido tan desgraciada que nadie me hubiera dicho te quiero... sabría perfectamente lo que era el amor.

MARTIN. Y qué piensas tú que es el amor?

CLARA. Vaya una pregunta graciosa! El amor es... no sé cómo explicártelo, pero lo sé perfectamente. Mira, el hacerse el amor consiste en escribirse cartas muy tiernas, y en pasear el amante la calle de su amada, aguantando el sol en agosto y la nieve en enero, asomarse una al balcon para verle pasar y recrearse en su constancia, tener el gusto de poder decír á las amigas: tengo un novio más guapo y más rico que el tuyo; y por fin casarse, si la posicion del novio lo consiente.

MARTIN. Ah, conque tú comprendes el amor así?

CLARA. Pues es claro; cómo he de compnenderlo?

MARTIN. Pues no es así.

CLARA. No? Pues dime, dime cómo es.

MARTIN. El amor es un sentimiento que funde dos almas en una,

y el hombre que ama verdaderamente, puede no pasear la calle ni acaso escribir cartas, ni tal vez decírselo á la mujer que ama. Tal puede ser el amor, que permanezca sin manifestarse, oculto en el alma. Amor es no pensar sino en la mujer amada, desearlo todo para ella; gloria, posicion, felicidad; amor es no comprender la dicha sin el ser amado, amor es... amor; no sé decírtelo de otro modo...

CLARA. Sabes que más que un médico pareces un poeta?

MARTIN. Cuando en amor se siente lo que se dice, las palabras son siempre poéticas.

CLARA. Luego estás enamorado? Y quién es ella? En mí no es extraña la curiosidad, que al fin y al cabo soy mujer...

MARTIN. La que yo amo es casi una niña. Creo que todavía no ha amado. Si pudiera comprender todo el cariño que para ella encierra mi pecho, me querría de seguro. Si ella supiera que sólo ambicionando su amor he estudiado con afan los últimos años de mi carrera, que mi única aspiracion era poder ofrecerla una posicion que compartir comigo, un cariño puro y sincero, que difícilmente podrá encontrar en otro hombre; si ella supiera todo esto, no podría amar á nadie sino á mí.

CLARA. Y no te quiere?

MARTIN. No lo sé.

CLARA. Pareces tonto; y por qué no se lo preguntas?

MARTIN. Soy el hombre que llega al sitio donde cree que existe un tesoro y retrasa el instante de verlo, ese instante esperado con ansia, porque teme que se desvanezcan todos los sueños que le han halagado tanto tiempo.

CLARA. (Qué bien se expresa el diablo del primo!)

MARTIN. Tú no puedes comprender todo esto.

CLARA. Dale conque no puedo comprenderlo! Mire usted que es manía! No te he dicho yo que sé perfectamente lo que es el amor, que amo? Ya conocerás á mi novio.

MARTIN. Ah! Conque tienes un novio?

CLARA. No; tengo dos.

MARTIN. Cómo!

CLARA. De qué te asustas? Elvira tiene cuatro.

MARTIN. Y tú... sólo tienes dos. Bien poco es!

CLARA. Eso digo yo. Y verdaderamente no tengo más que uno, porque el otro, es así, como si dijéramos... de reserva. Es un chico de Bayona, hijo de un comerciante muy rico. El pobrecillo es feo, la verdad; pero es muy rico, muy rico. Á ese lo tengo para último caso, por si me falta este.

MARTIN. Y quién es éste?

CLARA. El Vizconde de Encina. Un muchacho muy elegante; aquí ha estado esta mañana y volverá luégo. Ya verás...

MARTIN. Y... le quieres mucho?

CLARA. Hombre, me gusta la pregunta! Es un muchacho simpático, elegante, rico. ¿Por qué no he de quererle?

MARTIN. Y él te quiere, estás segura de ello?

CLARA. Bah! Ya lo creo! Pues poquito que ha paseado la calle... Es el hombre más constante...

MARTIN. (Es una niña! (Queda pensativo.)

CLARA. (Lástima que tenga ese aire tímido de provincia: es muy simpático mi primo.) Qué tienes? Estás triste?

MARTIN. No.

CLARA. Ah! vamos, ya comprendo... la ausencia! Tu amada se habrá quedado allá.

MARTIN. No; está aquí.

CLARA. Y es guapa?

MARTIN. Como tú.

CLARA. Primo, no sé si me has dicho una galantería.

MARTIN. Es preciosa.

CLARA. Muchas gracias. (Lo que digo: es muy simpático mi primo.) Tienes su retrato?

MARTIN. Lo llevo siempre conmigo. (Sacando una cartera.) Aquí, sobre mi corazon.

CLARA. Ay! Enséñamelo!

MARTIN. No... no es posible.

CLARA. Por qué?

MARTIN. Porque no puedo.

CLARA. Eso es que es fea!

MARTIN. Tan hermosa como tú, te lo repito!

CLARA. Bah! Si fuese guapa me la enseñarías. Pues no sois vanidosos los hombres! Estoy segura de que es horrorosa!

MARTIN. Si lo dices porque te enseñe el retrato, nada conseguirás.

Preparado

CLARA. No, hijo, no; empapélala y buen provecho te haga. (Vaya, algun mamarracho. Pues él merecía otra cosa!) Conozco yo á tu amada? (De pronto.)

María

MARTIN. Sí.

CLARA. Es amiga mia?

MARTIN. Creo que no!

CLARA. Sabes que vas picando mi curiosidad!

MARTIN. Pues es inútil que insistas... No he de decirte quién es de ningun modo!

CLARA. Eres muy amable, primo.

MARTIN. Siento no poder complacerte.

CLARA. Insisto en que es fea... feísima.

ESCENA VII.

DICHOS y MARÍA.

Fuera

MARIA. Clara, aquí está la amiga á quien esperabas.

CLARA. Ah! Elvira. (Váse rápidamento.)

MARIA. Á la sala la he hecho pasar. (Acercándose á Martin, que se ha quedado pensativo viendo marchar á Clara.) Os estoy haciendo un arroz... hasta allí! (Váse por el foro.)

ESCENA VIII.

MARTIN solo.

Preparado el Vizconde

Adios mis ilusiones, adios todo. Es una niña; una niña mal educada, en quien el mal ejemplo ha desarrollado el coquetismo; una niña que piensa si su amante es ó no rico, y que mezcla con las dulces impresiones del amor

[redacted] primero, el cálculo del más frio positivismo. Ah! Qué desengaño! Si yo le dijese que la amaba, escucharía mis palabras con desden... porque no me cree bastante para ella!... No se lo diré, no!... Pobre niña y pobre de mí, que sin ella no puedo ser dichoso!

Fuera

ESCENA IX.

DICHO y el VIZCONDE.

Preparado Enrique

VIZC. Beso á usted la mano.

MARTIN. Servidor de usted.

VIZC. (Quién será este prójimo?) (Se sienta.)

MARTIN. Sírvase usted tomar asiento. (Sin ver que lo ha hecho ya.)

VIZC. (Tararea á media voz.)

MARTIN. (Valiente mosquito!) Busca usted á don Juan?

VIZC. Y quién es don Juan?

MARTIN. El dueño de esta casa.

VIZC. Ah! No! Busco á su hijo.

MARTIN. Tal vez no le hayan avisado. Con permiso de usted voy á decirle que le esperan.

VIZC. Adios. (Sigue tarareando.)

MARTIN. (Hombre, me gusta la franqueza.) (Váse.)

ESCENA X.

EL VIZCONDE, luégo ENRIQUE.

VIZC. Pues señor, decididamente hay que marchar por otro camino. Se conoce que esta es una familia cursi que ha educado bien á sus hijos para darse tono. Mejor que mejor. Así mi conquista será más provechosa. Lo malo será que Clara se esté por allá dentro y no pueda yo darle la carta... el método que la indico preparará bien el terreno. Por ahora seguiré haciéndole el amor como hasta aquí y luégo... quién sabe! ¿Estará enterado de nues-

Fuera

tros amores el hermanito? Esto sería un inconveniente.

ENR. (Saliendo.) Vizconde!

VIZC. Ya ves que he cumplido mi palabra de volver esta tarde.

ENR. Dispénsame que te haya hecho esperar. He estado saludando á la muchacha más bonita que puedes figurarte.

VIZC. Sí eh?

ENR. Una amiga de mi hermana, preciosa, chico, preciosa.

VIZC. Pues ánimo, jóven!

ENR. Yo le he echado dos ó tres miradas incendiarias. Es una mujer divina Y tú debes conocerla. Sí. ¿No has conocido á mi hermana en el colegío de Pau?

VIZC. Sí!

ENR. Pues compañera suya.

VIZC. ¿Cómo se llama?

ENR. Elvira.

VIZC. Elvira Cortés?

ENR. La misma.

VIZC. (Santo Dios!)

ENR. Qué?

VIZC. Nada, nada. Sí... la conozco algo... (Maldita casualidad.)

ENR. Bonita, eh?

VIZC. Sí, muy bonita. (Bonita se va á poner si se descubre...)

ENR. Conque saldremos á dar una vuelta?

VIZC. Como quieras.

ENR. Pues ven á mi cuarto. Voy á vestirme.

VIZC. Te esperaré aquí... (Si ella saliese...)

ENR. Bueno, pues vuelvo al monento. (Váse.)

ESCENA XI.

EL VIZCONDE, despues MARÍA.

Preparada María

VIZC. Me he lucido. Las mujeres se lo cuentan todo. De seguro á estas horas sabe ya que hago el amor á la otra. Ahora es preciso más que nunca darle la carta... Cómo me compondría?... Es preciso que yo la hable... (Viendo

Fuera

aparecer á María, que trae un vestido en el brazo y viene todavía con las mangas subidas y el mandilon puesto.) Ah! la criada! Esto es lo mejor. Oiga usted, es necesario que dé usted esto á la señorita. Llévesela usted con cualquier pretesto... Recompensaré. (Le da la carta. María queda sorprendida. El Vizconde entra por la misma puerta que Enrique.)

ESCENA XII.

MARÍA, despues D. JUAN.

MARIA. Oiga usted! Qué es esto! Ay, ay, ay! Pues temprano empezamos... Y me ha tomado ese títere por la criada. Esto será alguna declaracion como si lo viera... (Abre la carta.) «Idolatrada Clara.» No, pues no es una declaracion!

JUAN. Qué es eso?

MARIA. Una friolera! Una carta que me ha dado ese amiguito de Enrique tomándome por la criada.

JUAN. Cómo!

MARIA. Toma, lee.

JUAN. «Idolatrada Clara!» Idolatrada! Habrá monuelo! «Necesito hablarte. Si puedes ir esta noche á la ópera yo no faltaré.»

MARIA. Y la tutea!

JUAN. Sí, como cosa corriente! «Vendré todos los dias á buscar á tu hermano, y por si hay dificultad para darte las cartas, las dejaré en el forro de mi sombrero. Ponme tú en él las tuyas.» Muy bien!

MARIA. Lo que discurren estos demonios!

JUAN. Te aseguro que no se me hubiese ocurrido á mí con todos mis años. «No dejes de hacerlo así, y empieza si puedes contestándome por ese medio si vas ó no esta noche al teatro. Tuyo, que te adora, Fernando.» Y dónde está ese mequetrefe?

MARIA. Ha entrado en el cuarto de Enrique.

JUAN. Estoy por hacerle salir por el balcon.

Mamia. Pero, Clara... Vamos, no vuelvo de mi asombro!

Juan. Ah! Tú creías sin duda que todavía jugaba á las muñecas! No, ahora empieza á jugar á los muñecos. No lo extraño. Lo malo es que ese caballerito tendrá gana de gastar el tiempo y de levantar de cascos á la muchacha... Oh! Yo lo evitaré! Te lo aseguro. ¿Dónde está Clara!

Preparado Clara

Maria. Con esa amiga suya en su cuarto!

Juan. Ah! No!... Mejor es... (Va á la mesa y escribe.)

Maria. Qué vas á hacer?

Juan. Á poner á ese jóven la contestacion en el sombrero.

Maria. Hombre...

Juan. Ya verás!... Ya verás! Pues hombre, bonito método iba á enseñar á la muchacha! Así, perfectamente... (Leyendo.) «Caballerito, si vuelve usted á poner los piés en esta »casa y á escribir cartitas á Clara, le pegó un puntapié »que lo vuelvo loco!»

Maria. Pero hombre...

Juan. Así, así, pocas palabras. ¿Dónde está su sombrero? Ah! debe ser este. F. C. Sí, este es. No, en el forro no; así, para que lo vea más pronto. (Mete el papel dentro del sombrero y lo deja sobre una silla.)

ESCENA XIII.

DICHOS y CLARA, por la derecha.

Fuera

Maria. Clara!

Clara. (De mala manera.) Qué?

Juan. (No le digas nada!)

Clara. (Infame! Engañarme así!)

Maria. Se marchó ya tu amiga?

Clara. Sí, ya se marchó!

Maria. Qué manera de contestar á tu madre es esa?

Clara. Déjame en paz!

Juan. (Cállate!)

Maria. No es posible que calle. Has de saber que ese amigo de Enrique, ese Fernando... me ha confundido con la criada...

Preparados Enrique y el Vizconde

CLARA. Y tengo yo la culpa de eso? Es natural! Te ve así, con esa facha... La poneis á una en ridículo... Estoy abochornada!

MARIA. Niña...

CLARA. Bonito humor tengo yo ahora para venirme con tonterías!

MARIA. Pero tú oyes!

JUAN. Calla! (María debe haberse quedado junto á la puerta por donde salen Enrique y el Vizconde para que éste no la vea hasta que sea preciso.)

ESCENA XIV.

DICHOS, ENRIQUE y el VIZCONDE.

pero CLARA. (Ah! Él!)

VIZC. (Á D. Juan.) Servidor de usted. (Dándole la mano.)

JUAN. Buenas tardes.

VIZC. Está usted buena, Clarita?

CLARA. (Con acritud.) Bien, gracias. (Traidor.)

VIZC. (Ya lo sabe!)

ENR. Ea, vamos, que es tarde.

VIZC. Pues con permiso de ustedes.

CLARA. (Rápido aparte á María.) (No estés aquí de esa facha, vete.)

JUAN. (Dando el sombrero al Vizconde.) Tome usted.

VIZC. Gracias. (Ah!) (Coge la carta y la guarda precipitadamente.)

JUAN. (Ya la pescó!)

VIZC. (Y me la ha dado el padre, esto es divino! Divino!) Beso á usted la mano. Á los piés de usted, señorita. (Ap.) (Hasta luégo.

ENR. (Poniéndose el sombrero.) Hasta despues.

JUAN. No, Enrique, tú no puedes salir, te necesito!

ENR. Pero...

JUAN. Te necesito! Ah! Se me olvidaba! (Al Vizconde.) Tengo el gusto de presentar á usted á mi señora. (Presentándole á María.)

VIZC. (Aturdido.) Cómo! usted!... Señora... yo... á... á los piés

de usted. (D. Juan se rie á carcajadas. Enrique se queda sorprendido sin saber lo que pasa; el Vizconde sale completamente aturdido, tropezando con todo, y Clara se deja caer en una butaca.)

CLARA. Estoy avergonzada.

JUAN. (Á María, poniéndose serio.) Ese orgullo se lo hemos alimentado nosotros.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN y MARÍA; CLARA, haciendo flores junto al balcon; MARTIN, escribiendo.

MARIA. Qué tienes, Juan?

JUAN. Y me lo preguntas! Pues no hay motivo para estar desesperado?

MARIA. Ya se arreglará todo.

JUAN. Calla, mujer. Cuando pienso que hemos hecho mil sacrificios y el más costoso de todes tenerlos lejos de nosotros tanto tiempo, y todo para qué? Para tener dos hijos con una educacion superficial, más dañina que provechosa; dos señoritos completamente inútiles.

MARIA. Hombre! No tanto!

JUAN. Sí, María, sí; no me hago ilusiones.

CLARA. (Viniendo al proscenio.) Mira, mamá, qué dália tan bonita!

MARIA. Cierto que es preciosa.—Mira, Juan, mira qué bien hecha, parece natural.

JUAN. Muy bonita, muy bonita. (Ap. á María.) (Pero me gus-

taría mucho más que me enseñase unos calzoncillos hechos por ella.

MARIA. Bah! Qué cosas tienes!)—Muy bien, hija mia, muy bien.

JUAN. (Levantándose.) (Sí, muy bien; nos hemos lucido.)

MARIA. Vaya, ya deben estar calientes las planchas. Voy á empezar mi tarea.

CLARA. Qué tarea, mamá?

MARIA. La plancha. Hoy es viernes.

CLARA. Pero tú planchas!

MARIA. Ya lo creo. Y tú, plancharás; yo te enseñaré si no sabes.

CLARA. Yo planchar!

JUAN. Tú harás lo que te manden! Caramba con la niña!

MARTIN. (Y lo extrañan!)

MARIA. No te incomodes, Juan, si no está acostumbrada!

CLARA. Justo! Me hará daño!

JUAN. Lástima, qué delicada es la señorita!

CLARA. Dicen que planchando se caen los dientes!

JUAN. Pues te los pones postizos! Vé á ayudar á tu madre.

MARIA. Déjala, déjala hoy; ya me ayudará otro dia.

CLARA. (Ay! qué geniecito tiene papá!)

JUAN. Me tienen ya los dos señoritos hasta aquí! (Váse.)

MARIA. Anda, hija mia, sigue haciendo flores... (Que yo te enseñaré á hacer algo más útil.) (Váse foro.)

ESCENA II.

CLARA y MARTIN.

CLARA. Primo, tú ves!

MARTIN. Qué? (Dejando de escribir.)

CLARA. Las rarezas de papá!

MARTIN. Rarezas? No le he notado ninguna.

CLARA. Pues si quiere que yo planche...

MARTIN. No! no es eso!

CLARA. Cómo que no?

MARTIN. Lo que quiere es que no extrañes que tu mamá lo

haga. Y aunque quisiera que tú lo hicieses, tampoco sería rareza.

CLARA. Ah! Tú crees!...

MARTIN. Creo que una mujer de la clase media debe saber todo aquello que sea necesario en una casa. Á no ser que tengas la seguridad de casarte con algun hacendado ó algun aristócrata...

CLARA. Ay, Martln. Yo no puedo contar con mi novio aristocrático.

MARTIN. Quién?

CLARA. El Vizconde.

MARTIN. Ah! Es claro! Despues de lo que sucedió ayer...

CLARA. No es por eso.

MARTIN. Pues por qué?

CLARA. Porque hacía el amor á mi amiga Elvira. ¿Tú ves qué infame? Ayer hablando las dos, se descubrió todo.

MARTIN. Ya!

CLARA. Y hace un rato le he enviado una carta por la criada en que le digo: Caballero: todo ha concluido entre nosotros. Ahí va su correspondencia; devuélvame usted por la dadora todo lo que tiene mio.—Clara.

MARTIN. Muy bien. ¿Sabes que estás ducha en ese género epistolar!

CLARA. Me enseñó en el colegio Elvira. Las llamaba á estas, cartas de trueno.

MARTIN. Y dí, sientes tu rompimiento con el Vizconde?

CLARA. Yo! Maldito lo que me importa! Parece un tití con aquellos bigotes...

MARTIN. (Qué chiquilla!) Voy con tu permiso á acabar esta carta.

CLARA. Escribes á tu amada, eh?

MARTIN. No; escribo á mi mejor amigo. Le hablo de ella precisamente.

CLARA. Y qué le dices?

MARTIN. Que me ha hecho sufrir un desengaño.

CLARA. ¿Como á mí el Vizconde?

MARTIN. No; no es de esa clase. Pero hablemos de otra cosa.

CLARA. Vaya, hijo, que eres reservado como tú solo. Ni quieres que se hable de ella, ni quieres enseñar su retrato, ni... Por supuesto, que el mejor dia te pesco la cartera, y te doy el disgusto de verla.—Anda, enséñamela.

MARTIN. No insistas en ello.

CLARA. Cada vez me convenzo más de que es feísima.

MARTIN. Ojalá!

CLARA. (Y de que mi primo es muy simpático!)

ESCENA III.

MARTIN, despues ENRIQUE.

MARTIN. (Leyendo lo que ha escrito.) «Tal ha sido mi desengaño, que »cuando debía gozar ante el porvenir risueño que se me »presenta, sufro viendo desvanecida la ilusion que aca- »ricio hace tantos años.»

ENR. (Entrando.) Pero hombre, ¡todavía estás así! Anda, vístete; sólo he venido por buscarte. Anda, hombre, anda.

MARTIN. Espera un momento. Voy á cerrar esta carta.

ENR. ¿Sabes si han traido ya unas compras mias?

MARTIN. No sé. Ea, ya está.

ENR. Me gusta Madrid, primo, me gusta. Hay unas mujeres... ¿No has reparado las mujeres que hay por aquí?

MARTIN. (Metiendo la carta en la cartera-petaca y levantándose.) Cuidado, pollo, cuidado!

ENR. Calla, infeliz. La que á mí me pesque... Dame un cigarro y vístete de prisa, que ya es muy tarde, hombre.

MARTIN. (Dándole la petaca.) Toma. Al momento estoy. (Váse.)

ESCENA IV.

ENRIQUE, despues MARÍA.

ENR. (Encendiendo un cigarro y dejando la petaca sobre la mesa.) Mi primo se conoce que es un inocente. ¡Canastos! ¡Y qué cigarritos fuma! Esto es veneno. (Tira el cigarro y se dirige al balcon.) ¡Valiente calle! No pasa un alma; como la

vecindad no tenga algo de agradable... Hombre, sí. Allí hay una rubita cosiendo... Muy mona es la rubita. (Poniéndose los lentes sale al balcon.)

MARIA. Juan! Juan! ¿No está aquí? Juan!

JUAN. (Dentro.) Voy. (Sale.) Qué quieres?

MARIA. Toma; vienen á cobrar esta cuenta...

JUAN. Una cuenta! Á ver, trae.—¿Qué es esto. (Leyendo.) «Clement... una caja de guantes, doscientos reales.» Toma, esto no es para aquí, se han equivocado sin duda.

MARIA. Como preguntaron por el señor Fernandez...

ENR. (Saliendo del balcon.) Eh! Qué es eso? Han traido ya mis guantes? Á ver.

JUAN. Cómo!

MARIA. Qué?

JUAN. Son para tí estos guantes!

ENR. Sí. He comprado varias cosas; ya las traerán. Á ver si os gustan los colores.

JUAN. Este muchacho es tonto de remate. Doscientos reales en guantes! Pues no los he gastado yo en toda mi vida.

ENR. Pero, papá.

JUAN. Pero, demonio! Tú quieres que pague diez duros por eso?

ENR. Pues quién ha de pagarlos? Yo no llevaba dinero... por eso dije que trajeran la cuenta.

JUAN. Los has comprado, los has hecho traer, debo pagarlos. María, da el dinero al que los ha traido.

MARIA. Pero, Juan...

JUAN. Págalos.—(Á Enrique.) Es tal nuestra posicion que un gasto extraordinario de doscientos reales puede hacer que no baste mi sueldo para que comamos hasta fin de mes; si en éste sucede eso, pondremos para almorzar un par de guantes á cada uno... Te parece bien?

ENR. Papá, yo creía...

JUAN. Tú creiste que podías gastar eso en una cosa supérflua, pues no, hijo mio, no, no puedes.

ENR. Ah! que no los paguen, yo los devolveré. Cómo había

yo de creer?...

JUAN. (Pobre hijo mio!) Deja, ya están pagados; pero sírvate esto de regla para lo sucesivo. Haciendo grandes sacrificios os hemos tenido lejos de nosotros á tu hermana y á tí; cuando creíamos encontraros con una educacion completa, os vemos llegar ignorando todo aquello que debíais saber, sabiendo mucho que debíais ignorar, con hábitos que no podeis seguir y con necesidades que no podemos satisfacer. Esto me aflige; mi error, cuyas consecuencias toco ahora, me hace temblar por vuestro porvenir y me estremezco ante la idea de que queriendo haceros felices haya labrado vuestra desgracia.

ENR. Pero, papá...

JUAN. No es tuya la culpa, ya lo sé.

ENR. Si se necesita en la casa lo que yo pueda ganar, no seguiré una carrera, que siempre cuesta mucho, sino que ganaré...

JUAN. Cómo? Dónde?

ENR. El tio tiene grandes relaciones... pueden darme un destino.

JUAN. (Irritado.) Eso es, el recurso de la gente inútil. No sirvo para nada, no sé nada, que me mantenga la nacion... Así anda ella! No; si nada sabes aprenderás, y si cuando sepas quieres, prefiriéndolo á otra carrera servir al Estado, lo harás como lo he hecho yo. Harta gente inútil vive á su costa para que vayas tú á aumentar el número! Una sanguijuelita más al presupuesto! No seré yo quien se la ponga. Pues hombre! (Váse.)

ESCENA V.

ENRIQUE, despues CLARA.

ENR. (Que queda pensativo. Dando una patada en el suelo.) Tiene razon! ¿Dónde encontraría yo diez duros.)

CLARA. (Entrando.) Enrique.

ENR. Qué!

CLARA. (Con misterio.) Anda por ahí mamá?

ENR. No sé. ¿Tienes tú diez duros?

CLARA. ¡Qué he de tener yo! Conque le he pedido á mamá para mis gastos de este mes, y me ha dado dos pesetas... Y papá? ¿Anda por ahí?

ENR. Qué sé yo!

CLARA. Es que temo que descubran esto que acaba de traerme la criada. Infame! Dice que las dió con la mayor indiferencia. ¡Quiera usted á los hombres para esto! (Sacando un gran paquete de cartas.) Déles usted estas pruebas de cariño. (Ocultándolo al ver á Martin.) Ah!

ESCENA VI.

DICHOS, MARTIN.

MARTIN. ¿Qué es eso?

CLARA. Creí que era papá, y me has dado un susto!...

MARTIN. ¿Por qué?

ENR. (De pronto, levantándose.) Ya tengo los diez duros.

MARTIN. ¿Dónde vas? ¿No vamos á paseo?

ENR. Espera, espera un momento. (Váse.)

ESCENA VII.

MARTIN, CLARA.

CLARA. Mira. Aquí está toda mi corespondencia amorosa con el Vizconde. (Desenvolviendo el paquete.)

MARTIN. ¿No es nada más que eso?

CLARA. Ya ves, no hemos estado más que dos meses en relaciones...

MARTIN. Pues si llegan á durar un año agotais los almacenes de papel.

CLARA. Vas á ver, vas á ver... (Vá á la mesa para abrir el paquete.) Ten cuidado no vengan papá ó mamá.

MARTIN. No vienen.

CLARA. (Ah! la cartera... Aquí está el retrato... Se la pesqué.) (La guarda con prontitud.)

MARTIN. (Viendo reir á Clara.) ¿De qué te ries?

CLARA. Ya lo sabrás. (Si él lo supiera!) Mira, mira la primera carta que le escribí. Perfumada con violeta! Todavía huele. Ha durado más el perfume que su amor.

MARTIN. Está bien puesta. (Despues de leerla.)

CLARA. Elvira me la dictó.

MARTIN. Siempre Elvira!

CLARA. Como que eramos las inseparables. Por cierto que la he encontrado algo cambiada. Ayer se echó á reir cuando la dije que el Vizconde me hacía el amor: en vez de condolerse de que me hubiera engañado, parecía que le gustaba ser mi rival. Y luégo, al decirla que mamá me había dicho que no iríamos al teatro sino una vez al mes, porque costaba muy caro, se echó á reir á carcajadas, diciendo: «Pues, hija, nosotros tenemos palco abonado en la Ópera y en el Español y en Jovellanos...» Y así, como con aire de proteccion, me ofreció llevarme algun dia. Y me dijo que tenía carretela y berlina, y se pavoneaba por mi cuarto para que viese bien el vestido que traía. Estaba insufrible! Creo que no voy á verla.

MARTIN. (Mujer al fin.) Y todas esas cartas ¿qué dicen?

CLARA. Léelas si quieres, y échalas luégo á la chimenea, no vaya á verlas papá.

MARTIN. (Cuando me las da ella...) (Las echa al fuego.)

CLARA. Aquí está el rizo de pelo que le regalé el dia de su santo.

MARTIN. (Despues de cogerlo.) (Ah! prenda mal apreciada!) (Lo besa á hurtadillas.)

CLARA. Me alegro habérselo dado del postizo. (Martin tira el rizo á la chimenea y se pasa la mano por los labios.)

ESCENA VIII.

DICHOS, ENRIQUE, ocultando detrás el neceser.

ENR. Vamos cuando quieras, Martin.

MARTIN. Sí, vamos. (Enrique da vueltas para ocultar el neceser á la vista de Clara.) ¿Dónde lo habré puesto?

CLARA. (Adios! Se acordó de la cartera.)
ENR. ¿Qué buscas? Vamos ..
MARTIN. El sombrero. Aquí está. Cuando quieras.
CLARA. (No se acordó.)
MARTIN. Hasta luégo.
CLARA. Adios, adios. (Vivamente.) Id de prisa, que ya es muy tarde. (Acompañándoles hasta la puerta, lo cual obliga á Enrique á ocultar el estuche delante y detrás alteruativamente.)

ESCENA IX.

CLARA.

(Viene riendo hasta el proscenio y saca la cartera.) ¡Pero qué lance tan graciosísimo! ¡Cómo ha de figurarse que voy á conocer á la incógnita señora de sus pensamientos! (Abriendo la cartera.) De seguro es algun mamarracho de provincia. (Sorprendida.) Eh! Un retrato mio... Y no hay más que este!—Soy yo: Yo!!—No puede ser.—Pero si no hay otro. ¿Será posible? ¿Y por qué no? No soy ya una mujer?... ¡Pobre Martin! Pero... ¿será verdad!—Sí, no hay duda!... sus palabras de ayer... su manera de decirme lo que era el amor... y por cierto que lo decía muy bien. Y su modo de mirarme, sí señor; aquellas miradas... Pero ¿cómo no lo habré yo conocido ántes? Me quiere, me quiere; no hay duda. Ahora verá el Vizconde que maldita la falta que me hace su cariño.—Ay! ¿Por qué le habré yo dicho á Martin lo del Vizconde? ¡Cuánto habrá sufrido el pobre! Así decía que le había dado un desengaño!—Pero ¿por qué no me lo ha dicho? No se ha atrevido sin duda. Y éste sí que me quiere de veras! Bien decía él, que el verdadero amor suele vivir oculto.—Pero y si es una casualidad tener aquí mi retrato?... ¿Si no seré yo? (Dando vueltas á la cartera.) Ah! Esta es la carta que estaba escribiendo á su amigo... Y me dijo que le hablaba de *ella*... ¿Si seré yo ella? ¿Qué puede decirle de mí?—La leería de buena gana... está cerrada... ¡Si yo me atreviera á abrirla!... (Mirándola al

trasluz.) ¿Qué le dirá?... (Procurando despegar el sobre.) No la abro, no. (Rompiendo el sobre.) Ay! ¡Se rompió! Pues lo que es ahora, ya... (Observa en todas las puertas. Se acerca al proscenio vivamente agitada. Abre la carta, y al ir á leerla, la oculta creyendo que viene gente.) No. (Tranquilizándose.) No es nadie. (Leyendo.) «Queridísimo Pepe:» (Leyendo entre dientes todos los párrafos que empiezan.) «He llegado muy bien...» «Mi entrevista con el doctor...» «Y sin embargo estoy triste.»—(Dejando de leer.) Aquí está. (Leyendo.) «La he visto. Ha llegado á Madrid el mismo »dia que yo.»—Yo soy. (Con alegría. Leyendo.) «Tú que »conoces mis más ocultos pensamientos, tú, que sabes »cuánto la quiero, comprenderás lo profundo de mi de»sencanto....»—Sí, «mi desencanto» dice;—«cuando pa»sado el primer momento feliz de volver á verla, he te»nido ocasion de sondear su alma. Clara,»—yo; ya no hay duda.—«Clara, (Continuando.) ha perdido en sentimientos »todo lo que ha ganado en belleza. Yo dejé una niña cuyo »corazon guardaba el gérmen de todas las virtudes; pero »¡ay! ese gérmen ha sido ahogado por una educacion »equivocada.»—¡Estoy sudando!—(Se hace aire con la carta.)—«Clara tiene hoy necesidades que yo en mi po»sicion no puedo satisfacer, ni son razonables en la »suya.»—¡Que no son razonables!—«Ignora lo que »una madre de familia no debe ignorar; para ella sería »denigrante é imposible, (Muy marcado.) porque no sabe »hacerlo, entrar en la cocina ó pegar un boton... Clara, »en fin, no puede ser la madre de mis hijos.» (Dejando caer las manos y repitiendo lentamente.) No puede ser la madre de mis hijos!! Es decir que... me cree indigna de él... Ah! (Estrujando la carta.) No, esto se lo ha dictado el despecho, el ver que no le quiero... Pero por qué supone que no le quiero?... Y sobre todo, ¿por qué cree soy tan inútil? Yo le probaré lo contrario. Ah! (Ocultando la carta al ver á Martin.)

ESCENA X.

CLARA, MARTIN.

MARTIN. Se me ha olvidado una cosa!
CLARA. (Ay Dios mio!)
MARTIN. Enrique me dijo que la había dejado sobre la mesa... (Buscando.) ¿Dónde diablos la habrá puesto?—Has visto por ahí una cartera?
CLARA. (Ya pareció aquello.) No, yo... no.
MARTIN. Enrique la dejó aquí...
CLARA. (¿Qué hago yo ahora? Ah!) Pues... mira, si la dejó ahí... ahí debe estar. (Aprovechando el momento en que Martin se vuelve para mirar sobre la mesa, tira la cartera debajo del sillon de escritorio.)
MARTIN. Pues no está. Te aseguro que sentiría tanto...
CLARA. Ah! es la tuya? Entónces ya comprendo... Te ayudaré á buscarla. (Bajándose.) Mírala. (La coge.)
MARTIN. (Vivamente.) Trae.
CLARA. No te la doy si no me prometes ántes enseñarme el retrato.
MARTIN. Trae, trae acá.
CLARA. Prométemelo ó la abro.
MARTIN. No, por Dios.
CLARA. ¿Te incomodas? (Como resentida.) Toma, toma. (Dándosela.) Pero te advierto que la reserva trae á veces muy mala consecuencias.
MARTIN. ¿Por qué dices eso?
CLARA. Por nada.
MARTIN. No está la carta. (Despues de abrir la cartera.)
CLARA. (Esto es lo malo.)
MARTIN. Juraría que la había metido aquí... ¿La habré olvidado en la otra levita? Voy á ver. (Váse.)

ESCENA XI.

CLARA.

¿Cómo salgo yo de este compromiso? Esta no la puedo tirar para que la encuentre. ¿Qué haré? Ah! Tiene escrito el sobre! Diré que la he mandado echar al correo: la quemo, y en paz. (Se acerca á la chimenea para echarla, cuando entra Martin. Se vuelve apresuradamente volviendo á guardar la carta.)

ESCENA XII.

CLARA, MARTIN.

CLARA. Ah!

MARTIN. No la encuentro. Y lo siento mucho. Quería haberla puesto hoy mismo en el correo.

CLARA. (Qué prisa tiene por decir á su amigo que yo no sé pegar un boton!) Pero ¿qué buscas? Una carta?

MARTIN. Sí.

CLARA. Para Valladolid? La he mandado ya. La ví ahí encima cerrada y con el sobre puesto...

MARTIN. Acabáras!... Y yo que me estaba volviendo el juicio... Vaya, te dejo.

CLARA. Ven acá. Tengo que consultarte un asunto importantísimo. (Le coge un boton de la levita y juega con él mientras habla.)

MARTIN. Alguna niñería.

CLARA. Por supuesto... Tú tienes formado de mí un concepto muy equivocado, pero muy equivocado.

MARTIN. Hija, vas á arrancar el boton.

CLARA. No lo arranco.—Oye. Tú ya sabes que he tronado con el Vizconde.

MARTIN. Sí.

CLARA. (Qué bien cosido está el maldito!) (Continúa tirando del boton.)

MARTIN. Estáte quieta, mujer. (Clara deja por un momento el boton y vuelve á cogerlo.)

CVARA. Estoy tan preocupada que no sé lo que hago.

MARTIN. ¿Pues qué te pasa?

CLARA. Verás... Ay! Se arrancó.

MARTIN. Lo ves, lo ves?...

CLARA. Vamos, hombre, no te apures. Yo te lo coseré. No creas que no sé coser un boton.

MARTIN. (Sorprendido.) Eh!

CLARA. (Va al costurero por aguja, etc.: vuelve y se pone á pegar el boton.) Pues sí, estoy muy preocupada. Y como tú eres un muchacho formal y de mucho talento... y me quieres... digo... me parece.

MARTIN. Sí. (No lo sabes tú bien.)

CLARA. Deseo que me aconsejes. Tengo otro novio.

MARTIN. Otro!

CLARA. Ay!

MARTIN. Qué?...

CLARA. Me he pinchado. Como has hecho ese movimiento de sorpresa tan brusco!

MARTIN. No he de sorprenderme, si dejas un novio por la mañana y por la tarde tienes ya otro!

CLARA. Si éste no es de ahora. Es decir, desde ahora le quiero yo, pero él me quiere hace mucho tiempo. Y no creas que es como el Vizconde. Cá! Es un muchacho muy formal y de carrera.

MARTIN. ¿Y rico?

CLARA. No, no es rico. Pero me quiere mucho. Y yo quiero que me aconsejes. (Dando vueltas á la seda y mirándole fijamente.)

MARTIN. Yo qué he de aconsejarte?

CLARA. Ya está. (Concluyendo de pegar el boton.) Á que no se te arranca ahora?

MARTIN. Gracias.

CLARA. Conque ¿no me dices nada?

MARTIN. ¿Qué quieres que te diga al verte entusiasmada con lo que no será más que un nuevo pasatiempo?

CLARA. No lo creas. Mira: cuando tenía amores con el Vizcon-

de, los tenía porque mis amigas vieran que no estaba sin novio, y que me hacía el amor un muchacho elegante, y rico y título. Ahora lo conozco; le quería más bien por vanidad, porque si hubiera sido amor, no creo que se me hubiera pasado tan pronto.

MARTIN. Cierto.

CLARA. Pues bien... ahora... es muy distinto. El que me quiere, quizás no tiene tantas condiciones para halagar mi amor propio como el Vizconde, pero en cambio, sé que me quiere de veras y... te lo confieso: aunque él no me quisiera, no podría yo ménos de amarle. Y esto no te lo digo más que á tí, porque sé que no has de burlarte, porque amas... Ya me libraría yo bien de decírselo á ninguna amiga. No sé por qué, este amor... me gusta tenerlo guardadito para mí sola.

MARTIN. (Dios mio!)

CLARA. Y él no me ha dicho todavía que me quiere. ¿Qué hago yo?

MARTIN. Clara, no me pidas consejo en estas cosas... Sin saber por qué me estás haciendo daño.

CLARA. Ah! ¿Te hago daño? (Me alegro.) Pues entónces, no hablemos más de ello. Me callaré, sufriré sola...

MARTIN. Sí, no hablemos... (Dirigiéndose á la puerta del foro.)

CLARA. (No me dice nada...) Oye.

MARTIN. Qué?

CLARA. Tengo que hablarte tambien de otra cosa.

MARTIN. Habla.

CLARA. (Mirando al suelo.) Ya sé quien es... la que tú querías.

MARTIN. ¿Qué dices!

CLARA. Que lo sé... positivamente.

MARTIN. Imposible.

CLARA. Te digo que lo sé.

MARTIN. Cómo?... ¿Quién te ha dicho?...

CLARA. Nadie... pero lo sé.

MARTIN. Habla, explícame...

CLARA. Te dejaste la cartera...

MARTIN. Eh! ¿La has visto?...

CLARA. Sí. (Cada vez más confusa.)

MARTIN. Clara!...

CLARA. (Sacando la carta del bolsillo.) Y he leido...

MARTIN. Jesús! Trae, trae esa carta. ¿Cómo te has atrevido á abrirla?

CLARA. La curiosidad... el interés... Como me dijiste que hablabas de ella...

MARTIN. (Con gozo.) Ah! Clara... Yo...

ESCENA XIII.

DICHOS y MARIA.

MARTIN. Tia!

CLARA. (Ya me pesa habérselo dicho.)

MARIA. ¿Qué quieres?

MARTIN. Anunciarla á usted que esta misma tarde les dejo.

MARIA. Por qué?

CLARA. (Dios mio!)

MARIA. Si Juan me había dicho que te quedabas.

MARTIN. Es imposible.

MARIA. Pero qué ha pasado aquí? Juan! Juan! (Llamando.)

ESCENA XIV.

DICHOS y JUAN.

JUAN. (Saliendo.) Qué?

MARIA. Martin, díselo á tu tio.

MARTIN. Tengo ya casa y dejo á ustedes hoy mismo.

JUAN. Pero por qué?

MARTIN. Hoy es imposible mi permanencia en esta casa.

CLARA. (Ahora que yo le quiero.)

MARTIN. Volveré para no salir más de ella, si soy tan feliz que ustedes me creen digno de ser su hijo.

CLARA. Ah!

MARIA y JUAN. Eh? Cómo?

MARTIN. Amo á Clara.

MARIA. Y ella? (Clara se tapa la cara con el pañuelo.)

JUAN. Pero, hombre, aún es muy niña, y se puede decir que apenas la conoces.

CLARA. No papá, eso no! Me conoce, me conoce bastante! (Muy rápido.)

MARIA. Hija mia! Con él serás feliz!

MARTIN. Oh! yo al menos procuraré que lo sea!

MARIA. Hijos mios! (Abrazándoles.)

JUAN. (Madre al fin! Ya se le está cayendo la baba!) (Acercándose.) Pues yo solo tengo un disgusto.

MARIA. Cuál?

JUAN. Empezar á ser suegro en la flor de mi edad.

ESCENA ÚLTIMA.

TODOS.

ENR. (Entrando.) Papá... (Trayéndole al proscenio.) Aquí tienes los diez duros de los guantes.

JUAN. De dónde has sacado ese dinero?

ENR. (Casi llorando.) He vendido el estuche de afeitarme.

JUAN. ¡Pobre hijo mio! Este sencillo rasgo revela toda la bondad que hay en el fondo de su alma. Yo sabré aprovecharla para deshacer mi error. (Á Martin y Clara.) Y á vosotros sólo me resta daros un consejo.—Cuando tengais hijos, es decir, cuando yo sea abuelo, educadles para algo más útil que ser sencillamente unos SEÑORITOS.

FIN DE LA COMEDIA.

ADICION

al Catálogo de las obras de esta Galería, posterior al 1.° *de Octubre de* 1874.

		TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
		COMEDIAS Y DRAMAS.			
3	2	Cada loco con su tema–j. o. p.	1	D. M. Ramos Carrion...	Todo.
3	1	El número 7—j. a. p.........	1	S. Infante Palacios...	»
8	2	Juan Piton—c. o. v..........	1	Javier de Búrgos....	»
3	2	Me es igual................	1	M. Pina Dominguez..	»
5	3	Miguel—d. a. p	1	S. Infante Palacios...	»
3	2	Un novio campanólogo–c. o. v.	1	Javier de Búrgos....	»
8	3	El gran filon—c. o. v........	3	Tomás R. Rubí......	»
4	3	Dar en el blanco.............	3	M. Pina Dominguez..	»
6	2	Los señoritos...............	3	M. Ramos Carrion...	»
		ZARZUELAS.			
		El maestro de Ocaña.........	3	Pedro M. Marqués...	Música.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.